

Adriana Díaz Barea

Las brujas de Macbeth I

EL GUERRERO DE LA OSCURIDAD

Muestra de texto

Things without all remedy should be without regard: what is done, is done.

(Lo que no tiene remedio se debe olvidar. Lo pasado, pasado está.)

Lady Macbeth (Acte III, Escena II)

WILLIAM SHAKESPEARE, *La Tragèdia de Macbeth (1606)*

La luz anaranjada de la luna llena proyectaba, con intermitencia, la silueta de una mujer en la pared que tenía detrás. Se sentaba inmóvil al borde de la cama, y a medida que las nubes atravesaban el cielo, liberando la luna, la sombra provocada por la luz se recortaba en la pared vainilla que junto a la puerta.

La mujer no era ni joven ni vieja. Gozaba de una ambigüedad interesante, quizá porque la penumbra suele debilitar los detalles de edad que salpican los rostros, o quizá porque, realmente, no era ni una cosa ni la otra. Tenía el cabello recogido en una larga trenza que le caía con elegancia por el hombro derecho, y sus ojos, de matiz amarillento, iluminaban el camino que la separaba de la ventana. Se acercó a ella. En el exterior, una neblina rojiza rodeaba una ciudad repleta de edificios altos y estrechos. Sacado de contexto, el paisaje urbano podría inducir a error; cualquiera podría pensar que se encontraba en Nueva York, San Francisco o Philadelphia. Pero el insoportable calor que hacía a principios de enero situaba a la mujer de la trenza en una ciudad grande del hemisferio sur. Más concretamente, en Ciudad del Cabo. Hacía cinco años que se había instalado allí después de años vagando por el mundo, nómada, y allí había vivido con relativa tranquilidad, sola, independiente, sin hacerse a nada ni nadie y sin que nadie supiera de ella nada más que lo que ella decidía mostrar. Hasta aquella noche. Aquella noche, todos sus fantasmas, todos sus miedos, se habían conjurado para atormentarla. Aquella noche había oído una voz. Una voz terrible, afilada. Grotesca. Una voz surgida del propio infierno que la instaba a presentarse en la cruz que había en la cima de la tumba de Pirena la noche de luna llena del último día de febrero. Esa noche la voz que durante tanto tiempo había rehuido la había encontrado. Y de su maldición no podía huir.

La tumba de Pirena ... La mujer cerró los ojos para reflexionar. Lo hizo con sufrimiento, como si el hecho de pensar le causara dolor. Pirena era un nombre que le resultaba familiar. En algún lugar había oído esa palabra. Pirena ...

La mujer de la trenza movió los labios y murmuró algo en una lengua desconocida. Entonces una violenta sacudida la sacó de su ensimismamiento. La estantería que había justo enfrente de la cama temblaba con virulencia, lo

que contrastaba con la quietud del resto del cuarto. La mujer de ojos ardientes se acercó al mueble, y de un ágil salto tuvo que esquivar un bonito jarrón que se precipitó contra el suelo y se hizo pedazos. La estantería parecía llamarla. Quería decirle algo.

La mujer cerró los ojos y acarició con los dedos los volúmenes que se almacenaban en la estantería hasta que se detuvo cuando la asaltó la visión de un hombre fuerte y musculoso, rodeado por llamas imponentes, que velaba el cuerpo sin vida de una mujer. ¡Pirena! ¡Despierta, Pirena!, gritaba el héroe con infinito dolor. Alertada por aquella escena, la mujer de la trenza abrió los ojos. Su dedo señalaba La Atlántida, de Jacinto Verdaguer.

La mujer sacó el volumen, sopló sobre la cubierta para despejar la capa de crujiente polvo que había sedimentado sobre ella, y lo abrió por una página al azar. O tal vez su gesto no fue tan fortuito.

CANTO PRIMERO, leyó. EL INCENDIO DE LOS PIRINEOS.

“Naix un gran foch entre Roses y Canigó, fent pastura de boscos y ramades. L'incendi abrigo l' Pirineu d'un cap al altre. Hèrcules s'hi acosta après de batre ls gegants de la Crau, y d'entre les flames trau á Pirene¹”

La mujer leyó el fragmento con atención. No le hizo falta encender las luces para hacerlo. Sus ojos chispeantes ya eran suficiente para alumbrar las líneas que explicaban que Pirene, o Pirena, era la mujer que daba nombre a los Pirineos, y que bajo sus imponentes montañas fue enterrada por el semidiós Hércules. Sin lugar a duda, la tumba de Pirena se refería a allí. A los Pirineos.

¹ Fragmento de la Atlántida, de Jacinto Verdaguer.

Primera parte

0

El montero y la dama del bosque (I)

Monte Hijedo, Castilla y León. Año 1543.

Una alfombra rojiza de hojas secas crujió bajo el paso de un hombre que atravesaba la montaña a lomos de un caballo blanco. Lo hacía con sigilo deliberado, y con la mirada barría la montaña de un lado a otro con atención. Se había separado de su grupo de caza durante la acometida del oso hacía horas y aún no los había encontrado. El hombre vestía con ropa señorial. Llevaba un tabardo pardo, amplio y largo con aberturas laterales por donde liberaba los brazos para sujetar cómodamente las bridas del animal, y cubría su espalda con un capote no muy largo sobre el que colgaba un arcabuz. También llevaba una capucha ceñida en la cabeza más por moda que por utilidad, pues allí la espesura del bosque casi no dejaba pasar los rayos de sol. Llevaba atravesado un zurrón con provisiones que percutía contra el puñal que llevaba atado a un lateral de la silla de montar de la bestia, junto a una lanza de madera con pico de hierro, y, bajo la silla, una manta por si le sorprendía el frío por la noche. El otoño era traicionero, pensó, y pese a que durante el día el calor podía endurecerse en las horas centrales, al caer la tarde el ambiente se enfriaba repentinamente. Especialmente en el Monte Hijedo,

al norte de Castilla y León, donde los rayos de sol enfermizos no conseguían traspasar la frontera de las ramas de los árboles.

El hombre detuvo el caballo en una explanada y se bajó para comer algo. Del zurrón sacó una rebanada de pan duro y un trozo de queso, y se apoyó sobre el lomo del caballo para no perder de vista el bosque; sabía que era peligroso. Las bestias salvajes que lo poblaban se parapetaban tras los matorrales al acecho de conejos y liebres para cazar. Al igual que él. Él también se había adentrado en búsqueda de las mismas bestias, y por eso se abrigaba con extrema prudencia.

El hombre se comió el último trozo de queso y cogió la calabaza vacía donde guardaba el agua. Se disponía a hacer un trago cuando escuchó un gruñido profundo, muy próximo. Rápidamente, el montero ató la calabaza en la silla de montar del caballo y de un salto ágil se sentó sobre su lomo. Situó sus pies en el interior de los estribos, pero un zarpazo violento le impidió arriar el caballo, que cayó al suelo, herido. Para evitar ser aplastado por su propia bestia, el montero saltó y rodó por la tierra húmeda. Entonces, otro gruñido feroz. Era el oso. Al levantar la vista, el hombre vio que el oso pardo se erigía, gigantesco, frente él. Se había situado entre él y el caballo herido, impidiéndole hacerse con sus armas, y le enseñaba los dientes mientras gruñía y gruñía sin parar. El montero calculó sus posibilidades. Si se quedaba donde estaba e intentaba disparar, el oso le mataría seguro. Tenía que intentar huir. Confiaba en que las dimensiones gigantes de la bestia le impedirían ser ágil. Siguiendo su instinto, el hombre se puso en pie de un salto y salió corriendo. Y el oso, al verlo, también. Durante la fuga, el montero tuvo la mala suerte de resbalar. Aquello le otorgó ventaja al oso, que recortó las distancias con él y se levantó sobre sus dos patas traseras para asestarle el golpe de gracia. Aquel era, sin duda, su fin. El montero cerró los ojos para recibir la estocada final ... pero un grito le hizo abrir de nuevo los ojos.

Una mujer vestida con un largo vestido azul, sucio de barro en la tela que rozaba con el suelo, había aparecido de la nada y se interponía entre él y la bestia. Con los brazos en alto y produciendo unos ruidos que el montero desconocía, la mujer de largos cabellos oscuros se dirigía al oso. Le hablaba. Y el oso le escuchaba. La bestia, al ser acariciada por la suavidad de su voz,

poco a poco se calmó. Incluso, antes de marcharse se dejó acariciar por la mujer bajo la mirada incrédula del montero.

—¿Su excelencia se encuentra bien?

La mujer le ofreció la mano para ayudarle a ponerse en pie, y el montero pudo apreciar que su rostro estaba salpicado de una belleza extraña. Salvaje, hubiera dicho, como el bosque anaranjado que los rodeaba. Como el oso.

—¿Colmillo le ha herido, mi señor? - insistió.

La mujer extraña lo miraba de cerca. Le buscaba heridas, huesos rotos, algo que le indicara si se había hecho daño.

—No ... - dijo al fin -. Pero mi caballo ...

—¿Dónde se encuentra el animal?

El montero miró por encima de la mujer y con un gesto le señaló el camino del bosque que había recorrido durante la huida. Ella pellizcó las costuras laterales del traje y las alzó un poco para liberar los tobillos y así poder correr cómodamente. El montero la siguió hasta que llegaron al claro donde se había detenido para comer algo. Allí estaba su pobre caballo blanco, que se lamentaba con sufrimiento sobre el suelo salpicado de sangre. Tenía los ojos vidriosos, muy parecidos a los de la extraña mujer que se había agachado a su lado y le susurraba algo inteligible al oído. El animal cerró los ojos y se dejó hacer, hasta que la mujer pasó la mano por sobre sus heridas y éstas desaparecieron.

—Por Dios nuestro señor.

El montero apeló a Dios ante lo que él creía un milagro cuando vio cómo su caballo se erguía, ya recuperado.

—Su nombre es Nácar - comentó la mujer en voz alta mientras acariciaba el pelo del caballo blanco que relinchaba agradecido -. Como la pálida luz de la luna reflejada en un charco de agua.

El hombre se puso algo nervioso. Y no supo si su desconcierto se debía a que había logrado sobrevivir al ataque de un oso rabioso o porque una mujer surgida de la nada se había enfrentado a la bestia, le había salvado la vida sin más armas que su propia voz y había curado su caballo ...

El montero palideció al reparar en la naturaleza de la criatura que tenía delante y a consecuencia le flaquearon las piernas. Por suerte, la mujer del bosque fue bastante rápida y se apresuró a sujetarlo.

—¿Se encuentra bien, señor ...?

El montero miró embelesado a la mujer que lo sujetaba. La belleza de su rostro y sus acciones le habían cautivado.

—Estoy bien - contestó al fin.

La dama del bosque le sonrió levemente. Después cogió las bridas de Nácar y se las entregó al caballero. El montero le agradeció el gesto y se descolgó el arcabuz de la espalda para atarlo a la silla de montar junto a su lanza y su puñal. La mujer, al ver la escopeta, dio un par de pasos atrás en un gesto que no le pasó desapercibido al cazador.

—No os haré daño, señora mía. No debe preocuparse. Me habéis salvado la vida. Estoy en deuda con vos.

La mujer lo miró con recelo.

—¿Queréis decir que si no lo hubiera hecho me dispararíais para entregarme?

El montero de ojos marrones y cejas espesas bajó la mirada, avergonzado.

—Es la ley - ¿Cómo os llamáis, mi señora?

La mujer de pelo oscuro y vestido azul lo miró unos segundos. Una chispa de fascinación crepitaba en sus ojos.

—Mi nombre ...

Un ladrido en la lejanía y la voz de unos cuantos hombres que gritaban en busca de alguien la interrumpieron. La dama miró con inquietud el camino

del bosque que se extendía frente a ella. Los ladridos y las voces procedían de allí.

—Marchaos - le ordenó el montero -. ¡Marchaos!

La dama del bosque titubeó unos instantes. Luego pellizcó las costuras laterales de su vestido y se deslizó por la ladera del bosque. El montero la

observó hasta que la perdió de vista y luego arrió el caballo para buscar a sus compañeros de grupo.

La llamada

28 de febrero. A 4 meses del solsticio de verano.

Era noche cerrada cuando la puerta de madera de una casa antigua, construida con bloques de piedras, se empezó a abrir. Lo hizo con acusada dificultad, chirriando como si se lamentara del dolor que sentía en sus bisagras, dañadas como las rodillas de un anciano. Quizá por eso la puerta no llegó a abrirse del todo y se detuvo cuando un estrecho corte de luz procedente del interior de la caseta rompió la hegemonía oscura que imperaba en toda la montaña.

En el pueblo de Tuc, en los pirineos araneses, el alumbrado era austero: Había muy pocos farolas esparcidos por la ciudad y su luz amarillenta y débil apenas conseguía diseminar las tinieblas que engullían a las callejuelas adoquinadas. La mayoría de las farolas temblaban de frío. La hoja del invierno, afilada como una navaja, cortaba su brillo y congelaba el revestimiento de cristal de las bombillas que se esforzaban por brillar. Por ese motivo titilaban menudo y no eran muy de fiar. Por otra parte, las farolas que conseguían sobreponerse a la climatología se consumían en la más absoluta quietud; Se fundían en soledad y silencio, sin que nadie prestara mucha atención. Como las estrellas.

Esa noche, sin embargo, era diferente y las farolas no brillaban solas; La luna llena, blanquecina y gigante, presidía el cielo punteado de estrellas y se presentaba como el único testigo de aquello terrible que estaba a punto de acontecer.

En el umbral estrecho y luminoso que estalló cuando se abrió la puerta apareció la silueta de una mujer. Allí permaneció inmóvil, prudente. Quería asegurarse de que la calle se encontraba desierta. Mientras lo hacía, una corriente de aire helado se coló por la grieta y le golpeó la cara. La mujer tuvo

que cerrar los ojos para protegerse del frío afilado, y aprovechó la ocasión para prestar atención. En el exterior no se oía nada salvo el remoto ladrido de un perro y el rumor de unos zapatos que repercutían sobre los adoquines de piedra, en algún lugar no muy alejado de allí.

La mujer abrió la puerta del todo, y esta volvió a chirriar. Una vez en la calle, pasó la mano por las bisagras frías como quien acaricia el lomo de un libro con delicadeza, y empujó la puerta, que se cerró suavemente y sin dificultad, como por arte de magia. La mujer, que llevaba el pelo recogido en una trenza larga y llevaba un jersey de lana grueso, unos pantalones de pana y una capa oscura, se situó en el reborde del peldaño de piedra que separaba su casa de la calle. A continuación, olfateó el ambiente. Olía a montaña húmeda y leña, comprobó, aunque también distinguió el aroma del jazmín, la madera quemada y un inesperado regusto en el mar. Instintivamente, la mujer de la trenza echó un vistazo a su alrededor, alerta. Parecía un lobo que huele el terreno y levanta la cabeza cuando detecta una presencia inconcreta. Todo estaba oscuro, salvo el trozo de adoquines que había bajo la farola que se encontraba al final de la calle, muy cerca de la esquina. La mujer detectó que el olor peculiar procedía de aquel extremo, y afiló los ojos para intentar ver más allá. Fue entonces cuando una procesión de figuras encapuchadas emergió y pasó bajo la farola que, delatora, iluminó la parte baja de sus rostros, desde la nariz hasta la boca. Las figuras aaminaban juntas y con prisa y, como la mujer de la trenza, todas llevaban capas oscuras que flameaban alrededor de sus pies.

La mujer de la trenza esperó a que la procesión pasara y, después de ponerse la capucha para ocultar sus ojos bajo su penumbra, bajó el escalón para unirse al grupo. Atravesaron la avenida principal del pueblo y, al llegar al final, se detuvieron ante una pequeña plaza, en el centro de la cual se erigía un crucero donde había, atado de manos y pies, un hombre en pijama con la cabeza caída sobre su pecho.

La mujer de la trenza echó un vistazo a su alrededor y comprobó que la Plaza de la Cruz del pueblo de Tuc era el punto donde desembocaban las cuatro

avenidas principales de la villa, en ese momento saturadas de figuras con túnicas oscuras. Cuando las cuatro procesiones se detuvieron en mismo punto, al borde de la plaza, las figuras encapuchadas empezaron a avanzar y formaron varios círculos concéntricos alrededor del monumento.

La mujer de la trenza, que se encontraba en la segunda fila, apreció que sobre el pedestal donde se apoyaba la cruz de humilladero había pacas de paja. Seguidamente levantó la mirada y vio que el hombre que se hallaba atado en el monumento movía la cabeza ligeramente y emitía un lamento casi imperceptible. Desde donde se encontraba, la mujer de la trenza pudo apreciar que el individuo, de cabellos grises y nariz puntiaguda, estaba consciente a pesar del grave desfallecimiento. La mujer frunció el ceño, extrañada por lo que veía, y se concentró todo lo que pudo hasta que consiguió colarse en el interior de la mente del hombre. La mujer de la trenza hurgó en las profundidades del prisionero y percibió que su alma se encontraba terriblemente dañada. Enseguida reconoció en ese trabajo la huella del oeste y miró a su alrededor con un deje de ansiedad. De entre todas las figuras idénticas que rodeaban la cruz de humilladero buscaba distinguir a la responsable de ese trabajo tan bien hecho. La respuesta se presentó en dos o tres figuras encapuchadas a su derecha, donde se abrió un pequeño pasillo por donde desfiló una silueta. Pasó muy cerca de ella, y eso le permitió identificar en su esencia el olor del mar que había notado antes, así como el sutil rastro a castaña tostada. Entonces se disiparon todas sus dudas: el estado deficiente en que se encontraba el alma del hombre de cabellos grises y nariz puntiaguda que había ligado a a la cruz y ese olor a salitre sólo podían proceder de una meiga.

La mujer de la trenza tragó saliva. No estaba asustada, pero le preocupaba la presencia de una meiga del oeste en el pueblo pirenaico de Tuc. No quedaban demasiadas, reflexionó. Cuatro o cinco, como mucho, sucesoras de aquellas que, siglos atrás, consiguieron huir de las sanguinarias cruzadas que eliminaron de un plumazo clanes tan respetables como el de Zugarramundi, Soportújar o Sort. Las pocas supervivientes de aquellas persecuciones tuvieron que aprender a vivir escondidas, recluidas en la más absoluta

clandestinidad. Algunas lograron mantener vivas las reminiscencias de sus clanes; otras se reunieron y pasaron a formar parte del aquelarre de Macbeth, liderado por una refugiada escocesa oculta los pirineos araneses. Y muy pocas, como ella misma, decidieron desertar y renegar permanentemente de su condición.

Desde hacía tiempo, la mujer de la trenza, de filosofía nómada, cambiaba de residencia a menudo, según soplara el viento. Se ganaba la vida comerciando remedios caseros aquí y allá y podría decirse que vivía con relativa tranquilidad, ajena al mundo que había decidido dejar atrás hacía mucho. O, al menos, así lo hizo hasta que sintió la llamada.

La mujer de la trenza se estremeció al retrotraerse a la noche en que el destino la fue a buscar. Dormía profundamente, sin sábanas, con gotitas de sudor chorreando sobre la almohada cuando una voz le susurró: Cordelia ... Cordelia ... Cordelia ...

La mujer de la trenza recordó que la noche que recibió la llamada se había despertado con brusquedad. Había permanecido un rato sentada en el borde de la cama y, desde allí había podido apreciar el fulgor rojizo que la luna llena empezaba a desprenderse. Esa noche, una inquietud se le instaló en el pecho y ya no la abandonó más. Sabía perfectamente lo que aquel sueño significaba. La todopoderosa se le había presentado para convocarla a la cruz que había en la cima de la tumba de Pirena. Para iniciar el ritual.

La mujer de la trenza ofreció resistencia. Nunca había estado de acuerdo con el camino que sus hermanas querían emprender y por ello decidió ignorar la llamada. Pero escapar del dominio de la todopoderosa no era una tarea sencilla. A medida que pasaban los días, Cordelia era cada vez más débil y la llamada, más insistente. Las noches cada vez se hacían más insoportables, y la voz de la todopoderosa - Cordelia ... Cordelia ... Cordelia ... - era cada vez más audible. La mujer de la trenza se sentía atraída por la llamada de forma inevitable, y cuando ya no pudo aguantar más hizo el equipaje y enfiló hacia los pirineos catalanes, con destino final el pueblo de Tuc, con la absoluta certeza que era allí donde debía estar. Después de haber averiguado la

localización de la tumba de Pirena, descubrió dónde estaba su cima. Primero creyó que se refería a su punto más alto, al Aneto. Pero tras recordar la llamada ató cabos y resolvió que la cima de la tumba de Pirena, en realidad, se refería a Tuc, que quería decir pico o cima en occitano, el único pueblo de la cordillera pirenaica donde se erigía una cruz en su centro. Y fue así como la mujer de la trenza sucumbió al poder de la llamada de la todopoderosa y, después de coger dos aviones y un autocar, se plantó en el pueblo de Tuc.

Cordelia recordó mientras observaba cómo la meiga se situaba junto a la cruz. Entonces se quitó la capucha y descubrió el rostro de una mujer de cara estrecha, ojos oscuros como un pozo, y pelo rizado y frondosos como un arbusto, de donde sobresalían dos pendientes de aro ancho. La reconoció enseguida. Era Lua Esmeriz, última superviviente de la estirpe del clan de Finisterre.

La meiga observó a su alrededor, como imitando el movimiento de un faro centinela en el océano de sus tierras, y detuvo sus ojos sobre los de la mujer de la trenza. Lua Esmeriz le sonrió, visiblemente emocionada al verla, y al hacerlo Cordelia pudo oír su voz en el interior de su mente. Le daba la bienvenida. Ella, en cambio, se mantuvo firme. No rompió el contacto visual con la meiga, pero tampoco se molestó en ocultar su desacuerdo con lo que estaba a punto de suceder.

Pero Lua Esmeriz ignoró la actitud desafiante de Cordelia y se dirigió a todas las figuras encapuchadas que circundaban la cruz:

—¡Brujas de Macbeth! ¡Hermanas! - exclamó, y a su voz la acompañó un trueno que resonó por toda la montaña -. ¡La todopoderosa me ha llamado y me ha pedido que deje las lejanas tierras del oeste para ejecutar la profecía de los espíritus del norte! - una ovación tímida se levantó y una bruja que había en la primera fila le entregó una antorcha apagada -. ¡Contemplad el cielo, hermanas! ¡Contempladlo! - imitando el resto de figuras, Cordelia alzó la cabeza y vio cómo detrás de la cruz de término la luna llena lucía un poco más roja que cuando la vio hacía uno más en Ciudad del Cabo -. ¡Se ha teñido de rojo con la sangre de nuestras hermanas para informarnos de que el tiempo

de la todopoderosa ya está aquí! - gritó apasionada -. ¡Ya falta menos! ¡La noche del solsticio de verano iniciaremos el Reino de las Brujas! ¡Tres hurras por la todopoderosa!

La meiga escupió con furia en el interior de la antorcha, que se encendió con violencia, y, con la mano que le quedaba libre, cogió el pelo del hombre que habían atado a la cruz de término para obligarle a mirar a las brujas que se habían reunido a su alrededor para contemplar su final. Iluminados por la antorcha ardiente, Cordelia apreció que los ojos del hombre se insinuaban tras una fina línea y que de su boca entreabierta exhalaba aire con debilidad. Sobre la piel sucia de su cara se podían apreciar los surcos que habían dejado las lágrimas, y un hilo de sangre le chorreaba por la comisura de los labios. El hombre, débil, estaba a punto de sufrir un destino horrible.

—Míralas - le ordenó la meiga al oído con crueldad infinita, señalando el corro de brujas encapuchadas que rodeaban la cruz de término -. Son las hijas de las brujas que no conseguisteis quemar.

Algunas chispas de fuego cayeron sobre la paja y encendieron una pequeña llama al borde de los pies desnudos del prisionero, que emitió un lamento desgarrador, esta vez más audible que el de antes. Entonces Lua Esmeriz soltó el pelo del prisionero, agonizante de dolor y, a continuación, levantó la antorcha llameante para ofrecérsela a sus hermanas — ¡Por Adela Macbeth! - celebró con los ojos fijos en Cordelia. Las brujas correspondieron aquel gesto con los puños levantados hacia el cielo -. ¡Que empiece el Gran Sacrificio!

Sin ningún tipo de escrúpulo que se lo impidiera, Lua Esmeriz dejó caer la ardiente antorcha sobre la paja. Enseguida las llamas engulleron al hombre, y las brujas reaccionaron gritando, ufanas. Entonces la mujer de la trenza arrugó los labios, repugnada por lo que testimoniaba, y, ante la mirada incrédula del resto de brujas que se habían congregado alrededor de la cruz de término, dio media vuelta y se marchó del ritual.

Continuará...

Si te ha gustado lo que has leído,
sígueme para saber cuándo estará disponible la novela:
Instagram: @adrianadiazbarea